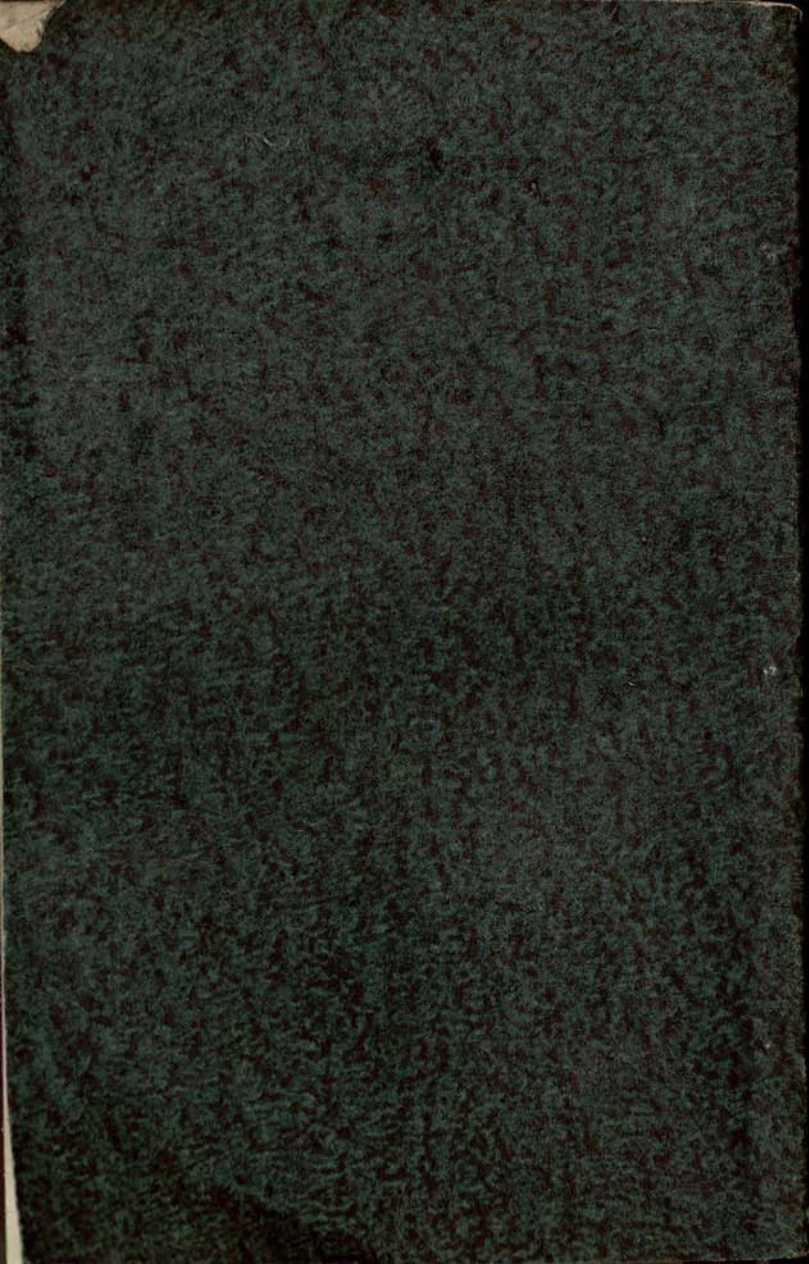


A-C.110/1





A Caj. 410/4

478

ELOGIO FÚNEBRE.

17
8783

ELOGIO FUNEBRE.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y PALAFOX, DUQUE DE FERNANDINA, CONDE DE NIEBLA,

QUE EN EL DIA 31 DE ENERO DE 1817

DIXO

EN LA REAL IGLESIA DE SAN ISIDRO

DE MADRID

EL DR. D. FRANCISCO XAVIER VALES
ASENJO, Capellan de S. M. y Canónigo
de la misma.



MADRID: AÑO DE 1817.

IMPRENTA DE DOÑA CATALINA PIÑUELA.

ELÓGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO ALVAREZ DE TOREDO Y PALAFOX, CONDE DE NIÑUBLA,

QUE EN EL DÍA 31 DE ABRIL DE 1817

DIZO

EN LA REAL IGLESIA DE SAN ISIDRO

DE MADRID

EL DR. D. FRANCISCO XAVIER VALES
ABRADO, Capellán de S. M. y Cónsigo
de la misma.

MADRID: AÑO DE 1817.

IMPRESA DE DONA CATALINA PINOYA.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
 DOÑA MARÍA TOMASA PALAFOX Y
 PORTOCARRERO, MARQUESA DE VI-
 LLAFRANCA, DUQUESA DE MEDINA-
 SIDONIA.

*Consuele V. á mi madre,
 Señor Vales: por Dios que la
 consuele V. despues que yo me
 muera.* Tal fué el encargo que
 repetidas veces me hizo el
 Duque de Fernandina aun en
 la misma noche en que habia
 de terminar su carrera. ¡Hijo
 admirable! El cuidado de su

madre le hacia olvidarse de sus inmensos dolores. Cumpliré, Excelentísima Señora, la difícil comision del querido difunto, no procurando borrarlo de la memoria de V. E.; recurso grosero con que las almas insensibles se refugian al cómodo descanso del egoismo. Conozco el talento y los sentimientos sólidos de religion con que el cielo dotó á V. E., y creo que para consolarla sobre la pérdida de un hijo tan querido y tan digno de serlo, no hay medio mas propio que

presentarla este mismo hijo con todas las dotes que lo adornaban, coronadas con una muerte que tantas esperanzas nos deja de su felicidad eterna. V. E. leerá con lágrimas su elogio; pero estas mismas lágrimas serán su mayor consuelo. Hay lágrimas que tienen su dulzura como la distraccion tiene su sequedad y vacío. *Nos fué arrebatado el Duque de Fernandina, para que la malicia no corrompiese su corazon hermoso.* Reflexión sublime que ofrezco á V. E. en cumplimiento de mi en-

cargo, y de la verdadera amistad con que soy de V. E.

EXC.^{MA} SEÑORA

muy afecto servidor y capellan

FRANCISCO XAVIER VALES

Aseño.

Madrid 3 de Marzo

de 1817.

*Dum adhuc ordire succidit me...
¿Quid dicam, aut quid respon-
debit mihi, cum ipse fecerit?*

El Señor corta la tela de mi vi-
da, cuando comenzaba.... ¿Qué
puedo decirle, ó qué respuesta
tengo que esperar, siendo él
quien lo hizo? ISAIAS CAP. 38,
v.º 12 y 15.

Hoy hace un año, Señores,
que hemos llorado la muerte, y
admirado la resignacion cristiana,
de un jóven por muchos títulos
ilustre; y hoy reunidos en torno
de este fúnebre y pobre monumen-

to, fieles á su amistad y á su memoria, venimos á recordar los ejemplos de virtud que nos dejó, y á implorar en favor suyo las misericordias del Eterno. Hoy hace un año que la muerte lo arrebató á nuestro amor y á nuestras esperanzas por uno de aquellos golpes inesperados, con que parece quiere convencer á los mortales que nada resiste á su inexôrable imperio; que juventud, clase, riqueza, talentos, gracias, son nombres vanos, y diques impotentes para detener sus fatales estragos. ¡Golpe funesto y extraordinariamente sensible! Es verdad que todo lo que es mortal debe morir: es verdad que la muerte es la herencia inevitable de todos los hijos culpables de un padre delincuente, y

que su aliento envenenado , que deseca los cedros robustos del Líbano , no ha de respetar á la flor hermosa , que aun no ha acabado de desarrollar sus ojas : es verdad que la carne formada del polvo necesariamente ha de ser convertida en polvo ; y es verdad en fin , que atendida la incomprehensible combinacion de los órganos y humores de que somos compuestos , en vez de admirarnos de la muerte , por precoz y anticipada que nos parezca , deberíamos admirarnos de la vida por menos duradera que fuese. Pero tambien es cierto que hay circunstancias en que es permitido, ó á nuestra imperfeccion ó á nuestra sensibilidad , alargar la esfera del sentimiento , ya por la medida de lo que se pierde , ya por las es-



peranzas que defraudó la ausencia de lo perdido. La necesidad de la resignacion en las disposiciones de aquel que nos puede llamar *á la primera ó tercera vigilia* de nuestra noche no arguye de culpa las quejas amorosas de los justos sorprendidos inesperadamente. *El Señor corta la tela de mi vida cuando comenzaba*, decia un Rey, cuya santidad pondera el espíritu de Dios sobre todos los Reyes que le precedieron y sucedieron en el trono de Judá (1). ¿Qué puedo decirle, ó qué respuesta tengo que esperar siendo él quien lo hizo? De este modo en las almas que la religion forma, como la de

(1) 4. Reg. cap. 18. v. 5.

Ezequías , la sorpresa se concede á la debilidad , y á la fé la resignacion.

La identidad de sentimientos y de situaciones , me dispensaria , Señores , de nombraros el tierno objeto de nuestro dolor y de nuestros votos , aun cuando no supiérais que somos llamados á celebrar la memoria del Excelentísimo Señor Don Francisco Alvarez de Toledo , Palafox y Portocarrero , Duque de Fernandina , Conde de Niebla , Cadete de Reales Guardias Españolas. Porque ¿quién como él copió la situacion amarga , y las humildes quejas de aquel príncipe atribulado? ¿Quién lo imitó tan exactamente en los gemidos del dolor , y en los suspiros de la conformidad? Sus años eran menos aun que

los del Soberano de Jerusalem : la perspectiva de brillantez que le presentaba su nacimiento, solo podia ser inferior á la de los primogénitos de los Reyes : el despejo de su alma era de una claridad extraordinaria : la bondad y fortaleza de su carácter anunciaban un héroe : los males que lo habian afligido desde su niñez, se habian apartado pérfidamente, como para dejarle seguir sin tropiezo la carrera ordinaria de la vida. ¿Qué mucho, pues, que al ver desaparecer todas estas vanas ilusiones, tomando las palabras de aquel Rey moribundo, dijese en la amargura de su corazón? *El Señor corta la tela de mi vida, cuando comenzaba : dum adhuc ordiner succidit me.* Mas no venimos aquí,

Señores , á llorar estérilmente una muerte que por sensible que nos haya sido , no es mas que la repetición de los testimonios de su seguridad , y de la incertidumbre de su hora : no venimos á llorar pérdidas de fortunas y esperanzas mundanas , todas peligrosas y perecederas , todas indignas de la elocuencia de la verdad , y de la cátedra de la religion. Lloren la vanidad los hijos de la vanidad : lloren sin término y sin consuelo los infelices que no tienen el áncora de la esperanza : los que circuncribiendo sus miras al estrecho círculo de esta vida , no son guiados por la antorcha de la fé á los deseos de la otra. No : nosotros venimos á edificarnos con la memoria de una muerte preciosa , á ver

qué uso hizo el Duque de Fernandina de los dones del cielo , y á oírle pronunciar el sacrificio de todas estas ventajas terrenas en el ara de la resignacion : venimos á oír á un grande enseñar humildad, á un rico abrazar la pobreza y á un mozo predicar conformidad : venimos en suma á oír de su misma boca , y á repetir las palabras edificantes con que adoró sumiso las disposiciones de su Criador. ¿ Qué le tengo que decir , ó qué respuesta tengo que esperar siendo él quien lo hizo ? *¿ Quid dicam, aut quid respondebit mihi, cum ipse fecerit ?* Si el Duque no se nos presentára mas que como un jóven , que pierde una gran fortuna , dejaríamos que la adulacion formase lamentaciones impertinen-

tes sobre la pérdida de bienes, de que se puede abusar, y que tarde ó temprano han de perderse; pero nos presenta el ejemplo de una muerte cristiana, y este ejemplo la religion lo recoge para ofrecerlo á nuestra imitacion. La verdad, pues, y la religion entretegeran su corona, y yo que la presencié, yo que recogí sus últimos suspiros, yo que entregué su alma resignada en manos de su Divino Redentor, soy el que debo anunciaros estos prodigios de su gracia. Ni temo de vuestra parte la menor reconvencion de parcialidad. Amé, no lo niego, al Duque de Fernandina, y no me avergüenzo de haber profesado á este precioso jóven los sentimientos de ternura que el santo y elocuente Arzobispo de Mi-



lan confesaba públicamente respecto del Emperador Teodosio (1). *Lo amé y por lo mismo lo voy siguiendo hasta la morada de la vida*: morada de verdad, donde solamente lo sólido permanece: donde los interesados acentos de la adulacion son reprobados, y donde no puede penetrar el torpe incienso de la mentira y de la vanidad. La verdad, vuelvo á decir, os presentará su elogio, y el modo es el que únicamente necesita de vuestra indulgencia y atencion. No espereis, Señores, que pa-

Amé, no lo

(1) *Dilexi, et ideo prosequor eum usque ad regionem vivorum.* S. Ambr. De obit. Theod.

ra formar el elogio del Duque de Fernandina me valga yo de la grandeza de su casa y de las glorias de sus antepasados. Fácil y cómodo me seria haceros ver que su nobleza es una de aquellas , que anteriores á todo lo escrito se pierden en la obscuridad de las edades , que no conoce mas superioridad que la del trono , y que este ilustre jóven reunia en sí la sangre de los Toledos , Guzmanes y Palafoxes , nombres temibles á los enemigos de nuestra religion y de nuestros Reyes. No: el Duque de Fernandina era muy superior á todos los prestigios de la vanidad , y conocia muy á su costa que su carne como la de todos los hijos de un padre prevaricador era la carne del dolor y del pecado. Dios

le habia concedido un espíritu penetrante , claro y apreciador de lo sólido , que no daba á las cosas ni mas lugar , ni mas importancia de la que merecen. Tal fué la primera dote con que lo habia enriquecido el cielo. Era perdido el tiempo en que se pretendiese persuadirle lo que se desnivelase de la verdad , porque su alma naturalmente analítica penetraba fácilmente por las sombras de la ilusion á descansar sobre la demostracion de la verdad. ¡Qué exâctitud ! ¡Qué combinacion de ideas ! ¡Qué juicio ! Pudiera decirse que su alma era impenetrable al error y á la mentira , y una de aquellas que , segun la expresion de la Escritura , caben en suerte á los hijos de predileccion. Las escuelas públicas lo

contaron por su alumno entre los hijos de los pobres, y las academias militares como un soldado que aspiraba á ser útil á su Patria. Visto es que quien en los primeros rudimentos de los conocimientos humanos, y en las verdades matemáticas habia hecho tan sólidos progresos, no olvidaria el mas importante de todos, el de Dios y de nuestra divina religion. Así su instruccion en la doctrina de Jesu-Cristo, y en los deberes de la moral cristiana era muy superior á la tintura superficial con que otros se contentan en las verdades que mas nos interesan. Este fué el primer cuidado de sus padres; y los egemplos singulares que dió en su prolongada enfermedad, os convenceran de los frutos abundantes con

que correspondió á estas preciosas semillas.

Se piensa , Señores , con mas ligereza de lo que conviene que un verdadero talento puede componerse con un corazon corrompido , y que un espíritu verdaderamente sublime puede habitar en unas entrañas malignas y depravadas. Preocupacion demasiado general de los que , ó no son capaces de exâminar , ó de los que seducidos por apariencias equivocan la astucia y la superficialidad con la elevacion de espíritu y la sublimidad de genio. Podrá ser que se encuentren estos tristes egemplares ; pero en los libros dictados por el espíritu de Dios (1) se usan co-

(1) Psalm. 93.

mo sinónomos los epítetos de necio, de loco y de malvado; y por otra parte, lo atento del exámen encuentra ordinariamente faltos y menguados los conocimientos aparentes, quando estan acompañados con la perversidad de las inclinaciones. En el Duque de Fernandina por el contrario, la bondad generosa de su corazon era paralela, si es lícito decirlo así, á la penetrante hermosura de su espíritu, y seguramente no hubiera perdido por él la Casa de Villafranca la reputacion, que tan justamente logra de *Benéfica*. Sus padres, sus hermanos, sus maestros, sus amigos, sus criados y los pobres eran el objeto de sus mas tiernas y constantes aficciones. Estas felices disposiciones de su al-



ma prometian un carácter singular, y dispuesto para todo lo bueno; y solamente faltaba que una buena educacion las fomentase. Tambien esta importante educacion le fué concedida: aquella educacion digo, que reciben raras veces los de su clase: la que enseña á ver los hombres y las cosas como son en sí: la que forma los talentos y las virtudes; en una palabra, la educacion de los trabajos y de las desgracias. ¡ Pobrecito ! Se diria que no vivió mas que para padecer por los males públicos y los personales. Aun no contaba seis años, cuando fué envuelto en uno de los mayores castigos que las leyes establecieron contra el crimen, y que la calumnia consigue emplear contra la virtud. Ni la reli-

gion, ni la beneficencia, ni la fidelidad de sus padres los libraron de tener que abandonar su casa, y estaba reservado al Soberano, que felizmente nos gobierna, reparar esta injusticia en los primeros momentos de su exáltacion.

El Duque, compañero de la proscripcion de sus padres, se restituyó con ellos á Madrid. Pero ¿en qué tiempo Señores? ¿Habeis olvidado el por tantos motivos memorable año de ocho de este siglo? ¿Aquella época sobre todo despues que el *Dos de Mayo* llevó el grito de una legítima resistencia á todos los puntos de la Península? Época de confusion y de entusiasmo; de valor y de desgracias; de glorias y de humillaciones. Hoy es el dia en que la imaginacion aun-



que apoyada en la seguridad no puede sostener su imágen espantosa. Un conquistador orgulloso armado de perfidia y de poder tenía derramadas por nuestras plazas y provincias las huestes vencedoras , con que habia sometido á su imperio toda la Europa. O cautivos , ó dependientes , ó fugitivos gemian bajo su yugo de hierro todos los legítimos Soberanos: el trastorno político, que una infeliz revolución habia comenzado en la imprudente y desolada Francia , parece que iba á completarse: la tierra habia callado en su presencia, como en otro tiempo en la del conquistador de Macedonia , según la frase de la santa Escritura; y España sola trata de oponerse á sus ambiciosas pretensiones , España

pobre , España huérfana , y España sin centro de acción y sin unidad de movimiento. Un esfuerzo de esta naturaleza debía poner en una completa fermentación todas las buenas y malas pasiones del corazón humano. Por una parte los sacrificios más sublimes de vidas y haciendas , y los más extraordinarios esfuerzos de talento y actividad ; y por otra , como para contraste de tanto heroísmo , las sospechas más infundadas convertidas en realidades terribles , las antipatías y venganzas encontrando ocasiones para los insultos , los resentimientos y colusiones cubiertos con el especioso título de patriotismo , las leyes mudas , y las santas formas de la justicia substituidas por la ferocidad. Fluctuando entre tan

extraordinarias convulsiones , el español fiel siempre á su Rey y á su Patria , no acertaba el partido que debia tomar , ya para minorar y suavizar sus males , ya para defenderla en mejores situaciones lejos de la oprimida y desolada Capital.

En medio de esta agitacion inexplicable el Duque de Fernandina salió de Madrid con sus padres , á fin de reunirse con su familia y emplear todos los recursos de su casa y de su crédito , para defender la causa santa de su Rey cautivo , y de su Patria oprimida. Ni los peligros de aquellos arriesgados viajes , ni el estado infestado de los caminos , ni la falta de comodidades , ni los atroces síntomas de la enfermedad de su muerte , de que se vió asaltado por los calores de

Julio en los bosques de la abrasada Extremadura, turbaron la fortaleza y resolucion de su alma. Consiguió ver los esfuerzos que hacian sus padres en los apuros del Estado, y aprender el modo con que se socorre al Rey y á la Patria en sus necesidades, no con palabras vanas, sino con privaciones efectivas. Vió á su padre, reducido á lo solo necesario, emplear todas sus rentas en levantar y armar defensores de la Patria, y á su madre vestirlos con sus propias manos, en tanto que él mismo en la edad de solos diez años se adiestraba á sí mismo y á sus compañeros de armas en los egercicios militares. Nada de aquel patriotismo cómodo que desaparece al tiempo de los peligros y de los sacrificios, y se presenta

á la hora de las gracias ; del que calculando sobre probabilidades se guarda de los compromisos para cantar despues heroismos; del que... pero ¡ qué voy diciendo imprudente ! ¿ Cómo no temo que de ese pobre tùmulo salga la voz indignada del ilustre jóven que me diga: cómo tú , ministro de paz y de reconciliacion , te propasas á recordar cosas que debe cubrir un eterno olvido ? ¿ Cómo puedes olvidar los santos documentos de dulzura cristiana que me inspiraste ? ... Aplácate , alma generosa : tu maestro en Jesucristo no manchará sus canas con el feo crimen de abusar del santo ministerio para soplar el fuego de las recriminaciones : no: mientras el hielo de la muerte no cierre sus labios , siempre sus pa-

labras llevarán el eco de la caridad, de la indulgencia y de la misericordia á todos los corazones. Proclamará las acciones heróicas , y olvidará el error y la debilidad. Vió , vuelvo á decir , el Duque de Fernandina todos estos egemplos , y se identificó por su medio con el amor del Rey y de la Patria : conoció la necesidad de ser útil , y trató de adquirir los conocimientos necesarios para tan altos fines. El cálculo , el dibujo , la fortificacion formaban su estudio , y sus maestros alababan la prontitud y claridad de sus concepciones. Lejos de pretender que su nacimiento le dispensase del mérito , no aspiraba á mas ascensos que los que mereciese : y simple Cadete de Guardias , tuvo la justicia de alabar el

verse pospuesto á los mas modernos. En estas ocupaciones estaba aun restituido á Madrid despues que los esfuerzos extraordinarios de España , animando al continente abatido , dieron la paz á la Europa, y restituyeron los tronos á sus legítimos Soberanos.

Esta época, Señores, debia ser segun los vanos juicios del mundo la mas feliz y afortunada para un jóven , á quien por todas partes se presentaba la mas risueña perspectiva. Su edad, su fortuna , la consideracion de su clase , las gracias de su figura , todo haria creer á los que nunca acaban de convencerse de la miseria de las apariencias humanas, que iba á entrar en una carrera sembrada de rosas y de placeres. Por otra parte la considera-

cion de sus talentos y disposiciones, con la facilidad de medios para cultivarlos, nos daban á entender que se estaba formando un grande hombre, que algun dia serviria al Rey y á la Patria, ó al frente de los egércitos, ó en la sabiduría de los consejos; ó un grande é ilustrado propietario, que fomentando sus pueblos y dando valor á sus inmensas posesiones, aumentase con la suya la riqueza pública. ¡Vanos pensamientos! ¡Falaces y lisongeras esperanzas! El aire envenenado, que habia de marchitar todas estas floridas ilusiones, habia salido ya de las apestadas cavernas de la muerte, y la escena alhagüeña de risas y de esperanzas se iba á cambiar en un melancólico espectáculo de luto y de miserias. No



digo bien, Señores: Dios, que habia distinguido al Duque de Fernandina con tan singulares dones, aumentó con él sus misericordias, y determinó librarle de las tentaciones, que nacen indispensablemente de lo que el mundo mira como fortunas y prosperidades. Era de temer que en medio de ellas ó la vanidad, que parece desgraciadamente inherente á su clase, ó la adulacion de parasítos seductores, ó la peste mas contagiosa de todas, que es la de las malas compañías, destilasen en su hermosa alma el germen del orgullo y de la corrupcion. Una enfermedad larga, penosa sobre toda consideracion, incomprehensible á la notoria sabiduría de los profesores españoles, iguales si no superiores á los de las na-

ciones mas ilustradas, uno de aquellos males , con que la muerte se burla de toda la ciencia humana , y que solamente pueden presentarnos una idea sensible del estado de horror y de miseria , á que se vió reducido el paciente patriarca de Hus, fué el correctivo acerbo y terrible, sí, pero provechoso , para apartar del peligro y probar las virtudes del Duque de Fernandina.

Y aquí, Señores, es donde llamo de nuevo vuestra atencion , ó mas bien donde debiera haber comenzado su elogio. La enfermedad que de ordinario, debilitando los órganos de nuestras sensaciones, postra el alma como el cuerpo de los enfermos comunes , no sirvió en él sino para dar un extraordinario desarrollo á sus talentos, una madu-

rez increíble á su juicio, y un ancho campo á sus virtudes cristianas. Cuatro meses y nueve dias de dolores , cuya intension solamente se podia divisar por sus horrendos efectos, os presentan desde luego la idea de una prueba tan dura como superior á todo sufrimiento humano. La pluma sábia de la medicina (1) dió parte en los papeles públicos de esta tremenda enfermedad, y me dispensa de molestar ahora vuestra delicadeza con la descripcion de sus horrores. El Duque de Fernandina los sufrió con resignacion y dignidad, y los miró como un estado de mortificacion y penitencia. Abra-

sol es después lo como más lo era
 lo no digne ou , aduncoo zomitos

(1) El Señor Don Ignacio Jaúregui, primer médico de S. M. Relac. suc.

zado con la cruz de Jesucristo unia sus fatigas y tormentos con los de este Divino Redentor ; y cuando alguna vez lo intenso de sus penas sacaba la queja de la esfera de la paciencia , luego volvía á reparar estas leves faltas con los gemidos de la compuncion. Desengañado de la inutilidad de los remedios corporales , y como avisado interiormente de la proxîmidad de su fin , oyó con humildad la voz que el Profeta habia dirigido al Príncipe , que habia de ser su modelo : *preparate, porque tu última hora se te acerca* (1).

Entonces fué cuando los principios sacrosantos de nuestra reli-

(1) Isai. cap. 38. v. 1.



gion divina manifestaron cuán profundas raíces habian echado en su alma privilegiada. Esta voz espantosa, que llena de turbacion al impío en el centro de sus satisfacciones; que aterra al malvado en medio de sus delicias, y que detiene al sanguinario en el furor de sus venganzas, aunque aflige, no confunde, ni desespera al justo cristiano. ¡Voz temible! Tenedla presente, jóvenes guerreros, compañeros y amigos del Duque de Ferdinandina, que la Patria está formando para su defensa. No es enteramente seguro que vuestros dias se hayan de acabar en el asalto de una batería, ó en el ardor bullicioso de los combates. En vuestra edad actual os puede sorprehender la muerte; y bien sabeis que el ejercicio de

mi ministerio me ha ofrecido en el discurso de este año repetidos los egemplares en vuestro ilustre cuerpo. La religion consoló y confortó al Duque de Fernandina en este duro trance. La fé elevando su alma sobre todas las cosas criadas le presentó la nada, la vanidad de todas las ilusiones terrenas le inspiró con el gusto de las cosas celestiales un deseo vivo de unirse con su Redentor, y la consideracion y memoria de sus antiguas misericordias le llenó de las mas consoladoras esperanzas. ¡Con cuánta compuncion, con cuántas lágrimas recibió el Sacramento de la reconciliacion! ¡Con cuánta devocion y ternura el pan de vida, el viático de salud, el Sacrosantó cuerpo del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo!

Y al despedirse de sus padres, hermanos y amigos, al formar la disposicion de su testamento, para lo que la licencia paterna lo habia autorizado . . . ¿podré yo, Señores, contar con bastante fortaleza, para repetiros aquellas palabras llenas de edificacion y sentimiento con que desempeñó estos tristes deberes, palabras que quedaron tan impresas en mi pecho, como en el de San Ambrosio las de su querido Valentiniano? (1) Las virtudes todas salian á portia de su boca pálida y moribunda, y la discrecion mas consumada las dirigia. ¿Y qué os diré de su desprecio de las pompas y vani-

(1) *Mihi certe impresisti quæ pectore teneo verba illa postrema. De obit. Valentin.*

dades humanas? *Entiérrese*, dijo, *mi cuerpo como el de un cristiano pobre: yo no hice nada que merezca distinciones: y guiado por la máxima de San Agustín (1)* de que los ostentosos funerales de los muertos solo son adulaciones de los vivos; y que lo que mas importa á aquellos son las limosnas y los sacrificios: *repártase*, añadió, *lo que se habia de gastar en esto entre los inocentes niños de la Inclusa y pobres honrados enfermos, que no tengan con que curarse en sus casas.* Aun mas: este pobre aparato en el funeral de uno de los mayores Grandes del Reyno, con que apenas se contentaria

(1) De cura pro mortuis.

un humilde artesano , disposicion suya fué ; y como si estas pruebas de humildad y caridad no fueran bastantes , como si despues de haber atendido á los cuidados particulares de la miseria , debiera atender á los de un interes general : *entréguese , prosiguió , mi cuerpo á la anatomia , quizá esto podrá servir para alivio de otros pobres , á quienes coja este mal tan inexplicable.*

Y á qué renovaria yo ahora las penas de su afligido padre , recordándole los testimonios de sumision y amor con que pidió y recibió su bendicion y afectos paternales ? ¿ Por qué despedazaria de nuevo el corazon de una madre digna de tal hijo , repitiendo todas sus tiernas despedidas , y la preferen-

cia que daba á su afliccion sobre sus propios dolores y agonias? Sus amigos conservarán sus últimas palabras, como otros tantos documentos de virtud: sus hermanos renovarán con lágrimas la memoria de sus amorosas reflexiones; y tú, jóven ilustre, tú que entraste mas bien en las obligaciones, que en los derechos del amable difunto, tú que heredaste con su muerte el tesoro de los desengaños y la riqueza de la edificacion, tú oirás siempre de tu padre en Jesucristo la cláusula que te dirigió en su testamento. *Yo me muero, y tú vas á sucederme: ama á tu padre, y cuida de tu madre y tus hermanos: haz lo que yo debiera hacer: mirame, y tén siempre presente este egemplo.* Entretanto, Señor-

res, el tiempo se acercaba en que el Duque de Fernandina debia prescindir de todas las consideraciones humanas por justas é inocentes que fuesen. Como que el cielo reclamaba esta alma extraordinaria, temeroso de que la malicia del mundo la destruyese. Las dolorosas y prolongadas agonias se repiten ; pero la resignacion y presencia de espíritu no lo abandonan. Él mismo pide la uncion extrema de los moribundos, la pide y responde á las santas paces y ceremonias con que se administra : él señala las personas que han de acompañarlo en sus últimos momentos : él ordena que nadie entre á turbarlo al tiempo de su inmolacion : él contesta á las lúgubres y devotas oraciones con que la iglesia entrega las almas de sus

hijos al Sacerdote eterno de los bienes futuros. ¡Qué momentos! Yo, yo le oí decir con el grito de la fé penitente : *vén , Señor , Jesus; vén: librame de la cárcel de este cuerpo: sácame de esta carne de dolor.* Yo le ví cubierto con el sudor de la muerte fijos sus medio apagados ojos en la imágen de Jesucristo crucificado , articulando el suave nombre de este Divino Redentor , entregarle ansiosamente su espíritu , y volar (así lo espero de tu piedad infinita ó Dios de misericordias) á la morada del descanso y de la inmortalidad. Lloremos... ¿ qué digo , Señores? envidiemos, si es permitido tan cristiana muerte. Murió el Duque de Fernandina en una edad que prometia larga duracion : conozcamos que todas

las edades son edades para morir. El cielo le concedió una muerte cristiana. Procuremos que se repita en nosotros esta singular gracia por medio de una religion sólida, un corazon recto y benéfico, y un buen uso de los dones que Dios nos conceda, tanto en el órden de la naturaleza como de la gracia. Angel del Altísimo, que tuviste bajo tu guarda al Duque de Fernandina despues de haber entregado su alma en manos de su Criador, vuela á confortar á sus padres afligidos, y á sus amigos y familia desconso- lados : y vosotros, Sacerdotes del Eterno, venid á rodear este pobre y humilde monumento : venid á implorar la intercesion de su glorioso padre á favor de este hijo de Isidro : esforzad vuestra fé, y unien-

(47)

do vuestros votos á los de sus amigos , pedid con el grito de la fé y de la penitencia: *que descanse en paz.* Amen.

O. S. C. S. R. E.



1085268

O. S. C. S. R. E.

